

JOAQUÍN ABREU DE ORTA: MARINO Y REVOLUCIONARIO

José CERVERA PERY
General Auditor del Cuerpo Jurídico Militar
Historiador Naval

Un marino con agallas

Pocas vidas de las seleccionadas entre los caballeros guardiamarinas de la Real Compañía de Cádiz, presentan contrastes tan contrapuestos como la del teniente de navío Joaquín Abreu de Orta, que tal era el empleo que disfrutaba cuando abandonó la Marina, para pisar otros terrenos más escabrosos en la política y la agitación social exigencias de un natural impulsivo consubstancial a lo largo de toda su existencia.

Nacido en Tarifa en septiembre de 1782, en el seno de una familia acomodada perteneciente a la nobleza local, ingresó siguiendo el ejemplo de sus hermanos Manuel y José María —que lo habían hecho con anterioridad— en la Real Compañía gaditana en la que se le formó asiento el 28 de septiembre de 1797, cuando el mozo cuenta quince años. Poco se sabe de sus años de formación, en los que muestra un carácter algo díscolo y contestatario, lo que no es óbice para que de alférez de fragata participe activamente en el combate de Trafalgar a bordo del *Santísima Trinidad* de don Javier Uriarte, quien lo destaca en su relación de méritos. Y años más tarde, vuelve a mostrar sus cualidades bélicas en la guerra de la Independencia, formando parte de la partida serrana del jefe de escuadra Serrano Valdenebro. Abreu de Orta, buen conocedor de aquellas tierras, próximas a su ciudad tarifeña, es elemento indispensable en aquella singular lucha donde no pocas veces la astucia ha de imponerse a la fuerza. Y ha demostrado sobre todo ser un marino con agallas.

Un liberal recalcitrante

El regreso al trono de Fernando VII, con su régimen de terror absoluto aplicado alevosamente, a los que más se destacaron en su defensa en el terreno de las armas, no deja satisfecho a Joaquín Abreu, que como otros marinos de talante liberal muestra su disconformidad a esa monarquía que ha cercenado todos los sueños de las Cortes de Cádiz, por lo que de entrada pide el retiro —o más concretamente renuncia al grado de oficial— y regresa a su ciudad natal para ocuparse de los intereses familiares. Poco tiempo podrá hacerlo. La policía fernandina lo persigue y lo acosa pero él sigue haciendo gala de su liberalismo en la facción de los «exaltados». Ello le exige su primera expatriación a Inglaterra en 1817.

Tras el triunfo de Riego en la revolución de 1820, Abreu regresa de su exilio e inmediatamente es nombrado alcalde constitucional de Tarifa (8 de abril de 1820) y elegido miembro de la Diputación Provincial de Cádiz (mayo 1820), institución en la que apoya todas las medidas de liquidación del antiguo régimen, y su estancia y relaciones en dicha ciudad le permiten convertirse en diputado a Cortes por la provincia durante las legislatu-

ras extraordinarias de 1822 y 1823. Situado siempre en la Cámara en el lado extremo del liberalismo, sus intervenciones no obstante no tienen la relevancia de otros parlamentarios de la época. Tal vez quedaba en él un residuo del estilo de vida del marino.

Un burgués revolucionario

Tras la nueva restauración del Fernando VII como rey absoluto, Abreu es condenado a muerte por haber votado a favor de una regencia en las Cortes de Sevilla, y se marcha nuevamente al exilio, como tienen que hacer también ilustres marinos como Ciscar o Cayetano Valdés, víctimas también de la ingratitud real. Sus puntos de residencia son ahora Gibraltar —tan cercano a su ciudad natal— Tánger y Argel, pero después puede instalarse en Londres donde permanecerá hasta 1825. Otro salto a Bruselas entre 1825 y 1828 y de nuevo Gibraltar. La cercanía tira mucho.

La revolución de Francia de julio de 1830 le permite residir en Marsella donde se instala en julio de 1831. Allí establece su primer contacto con las ideas societarias y en 1833 se traslada a Condée-Sur-Vergre donde desarrolla una experiencia falansteriana y conoce a la plana mayor del fourerismo que tanto ha de impactarle (Considerant, Clarisse, Vigoreux, Muiron, Dely y el propio Fourier), convirtiéndose por tanto en uno de sus más convencidos seguidores.

La amnistía decretada por la reina María Cristina en 1834 le permite regresar a Tarifa tras once años de destierro donde es recibido como un hijo pródigo. En 1836 contrae matrimonio con su sobrina Concepción Núñez, hija de un gran arrendatario del duque de Medinaceli. Con esta boda el societario Abreu se convierte en uno de los más ricos hacendados de Tarifa, aunque su vinculación burguesa con los intereses agrarios y ganaderos le venía de atrás, pues ya en su juventud se había ocupado de las propiedades familiares, tras su abandono de la Marina; y desde su vuelta había ejercido como administrador o socio de otros hacendados. Todo ello sin renuncia de sus principios revolucionarios como veremos ahora. El aburguesamiento tiene a veces estas paradójicas contradicciones.

Un periodista exaltado: el Grito de Cartaya

El *Grito de Cartaya*, periódico algecireño, donde Abreu va a ejercer un periodismo de opinión, agresivo y consecuente, es una muestra muy representativa de la prensa liberal, no ya española, sino europea de la mitad del siglo XIX. Sus redactores y lectores fueron testigos y a la vez activos protagonistas del más amplio y más trascendental movimiento político que ha conocido el continente; la llamada revolución liberal o revolución burguesa, y la trayectoria de este proceso en España halló justamente su momento decisivo en el verano de 1835. Su instrumento no fue otro que el levantamiento de casi todas las ciudades del país contra el tibio reformismo del conde de Toreno y a favor de una acción más radical, tanto en el terreno de la guerra contra los absolutistas partidarios de don Carlos, como en el de la transformación del Estado. Producto de inflamado espíritu revolucionario, del que Abreu no es ajeno, fue el acceso al poder de un grupo de liberales encabezados por Álvarez Mendizábal, y la elabo-

ración y promulgación de una serie de leyes y decretos en el que destacan las medidas relativas a la desamortización del patrimonio eclesiástico y la abolición de señoríos, mayorazgos y vinculaciones.

Fruto también de ese mismo fervor liberal y progresista, fue la publicación del *Eco de Cartaya*, donde ya Abreu había solicitado «la eliminación de aquellas bárbaras instituciones del feudalismo y la arbitrariedad». De ahí que todos los temas sobre la guerra, el nuevo gobierno, la venta de los bienes nacionales o las diferencias ocasionadas por las enajenaciones consiguientes a la desvinculación, aparezcan abiertamente en el periódico algecireño, junto a otros de interés local, como la porfiada reivindicación de la habilitación del puerto para el tráfico internacional. Pero aparece asimismo algo menos frecuente en la prensa española de entonces; una crítica acerba y lúcida del nuevo régimen liberal acompañada de una nueva y más profunda transformación social. El artículo firmado por «un proletario» es de la autoría de Joaquín Abreu Orta, que ha escogido un pseudónimo que francamente no le va.

Y con este pseudónimo firmó sus principales artículos en el *Grito de Cartaya*, reproducidos en su mayor parte por *El Vapor* de Barcelona. Con ellos Abreu se convierte en uno de los más destacados exponentes del socialismo europeo y sin duda la más notable figura de esa corriente intelectual y política en España. El pensamiento de Abreu, nunca condensado en una obra sistemática, creó sin embargo un movimiento en Cádiz que agrupó a personajes como Faustino Alonso, Pedro Luis Huarte, Manuel Sagrario de Beloy y Joaquín de Morla, entre otros. Pero fue a través de Fernando Garrido quien lo difundió en Madrid. La actividad del grupo se reflejó en la prensa de toda la comarca gaditana, especialmente *El Aldeano* del Puerto de Santa María, y se concretó en una labor de traducción de las obras más destacadas del fourierismo francés.

Final de singladura

En julio de 1836 Abreu concurre sin éxito a las elecciones parlamentarias. Quizá asusta su introducción de elementos de agitación política y lucha de clases, ajenos al utopismo fourierista. Se le quiere compensar con la alcaldía de Tarifa pero no acepta alegando problemas de salud. Pocos meses después se aprueba su nombramiento como administrador principal de las rentas de la lotería de la provincia de Cádiz. Tiene que vivir por tanto en la capital, buen escenario para su proselitismo.

En 1841 promovió la creación de un falansterio en el Tempul —una zona cercana a Jerez—. No pasa del proyecto pero no se desanima y sigue difundiendo sus ideas fourieristas. En 1848 vuelve definitivamente a Tarifa y desde sus propiedades colabora con la Organización del Trabajo —órgano societario madrileño.

El 17 de febrero de 1851 rindió su última singladura por una congestión cerebral. Dejaba un bagaje de propuestas de soluciones a los más acuciantes problemas de la sociedad andaluza y española siempre bajo la luz de un ideario emancipador y progresista. Nadie puede restar mérito a una entrega generosa, de una vida que fue de todo menos aburrida... Desde que en sus tiempos mozos luciendo el botón de ancla, anduviera en litigio con los ingleses, y cazando franceses en la serranía rondeña. Y es que el liberal, el revolucionario no podía oscurecer la figura del marino.